

EL ATENEO.

PRECIOS POR TRIMESTRE.

En la capital 10 rs.

Fuera de ella 12

Números sueltos . . . 1

PUNTO DE SUSCRICIÓN.

En esta ciudad, librería
de D. Alejandro Villatoro,
Comercio, 57.

REVISTA SEMANAL,

ÓRGANO DE LAS CONFERENCIAS CIENTÍFICO-LITERARIAS.

DIRECTOR, D. ENRIQUE SOLÁS Y CRESPO.

REDACTORES Y COLABORADORES.

Srita. Doña Adela Sanchez Cantos.

Sr. Marqués de Medina.

Bartolomé Feliú.

Emilio Grondona.

Pedro Gallardo.

Matías Moreno.

Manuel Nieto.

Andrés M. Gamero.

Juan Emelino.

Eugenio Olavarria.

D. Eduardo Uzal.

Saturnino Milego.

Eduardo Serrano Altamira.

Gabriel Bueno.

Mariano Gallardo.

Francisco Alvarez Uceda.

Leopoldo Ascension.

Julio B. Infantes.

Atilano Bastos.

Luis Rodriguez Miguel.

D. Teodomiro Saavedra.

Juan Antonio Gallardo.

Miguel Perez.

Francisco Martin Arre.

Santiago Martin.

Eustasio Serres.

Emilio Pascual.

José Jiménez Pajarero.

Ricardo Antoñanzas.

Venancio Ruano.

AÑO I.

TOLEDO 25 DE ABRIL DE 1878.

NÚM. 8.^o

CONFERENCIAS.

La primera de las extraordinarias que, como saben nuestros lectores, versó sobre « Historia de las Bellas Artes » y estuvo á cargo del apreciable artista D. José Robles, es la que debemos reseñar, ya que la falta de espacio y la premura del tiempo nos lo impidieron en el número anterior.

A las ocho y media de la noche del lunes 15 de los corrientes y ante una concurrencia tan numerosa como de ordinario, comenzaba el Sr. Robles demandando la indulgencia del público en un exordio tan sencillo como delicado. « Acostumbrado á traducir mi pensamiento sirviéndome de los pinceles, y aun así incompletamente, dijo, faltame el hábito de formular por medio de palabras mis ideas. Si los que sólo necesitaban elevado criterio para comprenderlos y justicia para aplaudirlos, acudieren á vuestra indulgencia ¿ qué he de hacer yo tan falto de sus valiosas facultades? »

Discurriendo sobre las razones que le habían obligado á disertar sobre Historia de las Bellas Artes, así como acerca de los deseos que le animaban al tomar una carga tan superior á sus fuerzas, fijó clara y sencillamente el concepto del Arte en general y del Arte pictórico en especial, señalando al mismo tiempo el mutuo influjo y la íntima relación que entre todas las bellas artes existe. « Juntas florecen, dijo; á un tiempo tienen su decadencia; son delicadas flores que sólo entrebren su cáliz bajo la influencia de un sol de paz, de libertad y de progreso.

Anunció que, en aquella noche, no le era dado ocuparse más que de la edad antigua y de la edad media, pues el siglo XVI, primero de la edad moderna, apellidado con justicia el siglo de oro de las artes, exige no una sino varias conferencias y lo mismo el siglo XVII. No era posible en una sola noche hablar de esas gigantes figuras que se llaman Velazquez, Murillo, Rivera, Zurbarán, Alonso Cano y tantos otros artistas que elevaron la escuela española á la altura de las más ilustres de Europa, consiguiendo rivalizar con Italia, cuna de Rafaél, de Miguel Angel, de Leonardo de Vinci, del Tiziano, del Tintoretto, el Veronés, el Greco, etc., etc. y con la escuela flamenca cuyo brillante pabellón defendian Rubens, Vandick, Teniers y tantos otros dignos de ser estudiados cuadro por cuadro, figura por figura.

Con este motivo tuvo oportunas reflexiones, acerca de la importancia de la Pintura y su beneficioso influjo en la marcha civilizadora de los pueblos. De ese arte que « llora con la humanidad sobre las ruinas de los imperios, canta con ella los triunfos del derecho sobre la fuerza, de la libertad sobre la esclavitud, gime con ella en medio de los dolores que la hunden lentamente en el sepulcro. Hija predilecta de nuestro propio espíritu, la Pintura habla el lenguaje de nuestra alma, á todas las inteligencias á todos los corazones y alcanza lo que no puede alcanzar ni la misma ciencia con todos sus esfuerzos. »

El estudio histórico ocupó acto seguido al orador, que previas algunas observaciones sobre el

arte oriental, principalmente el de la India y el Egipto, comenzó por caracterizar el Arte griego cuyas joyas de inestimable precio se conservan en los principales Museos de Europa para admiracion de las generaciones. Esas preciosas estatuas, desesperacion de nuestros escultores, esos templos y esos palacios de tanto valor y tanta riqueza artistica, nos indican claramente que en un período tan brillante la Pintura habia de seguir el general progreso, aun cuando más frágil y perecedera que la Escultura, no resistiera al tiempo, las guerras y las revoluciones. Nada queda de aquella época de esplendor; pero las crónicas, los poemas, los libros de aquellos tiempos nos hablan de Zenxis, de Parrhario, Timanto, Apeles, Polignoto Tasio, etc., etc. de los cuales se ocupó detenidamente el Sr. Robles, enumerando las obras de que se tienen noticias más ó menos detalladas. La decadencia del arte griego que llegó á pintar con el más grosero materialismo las escandalosas escenas de sus dioses, fué igualmente estudiada por el orador á partir de Protógenes y siguiendo con Nicomaco, Mecofanes, Pano, Ateniloco, etc., etc. ¡Qué contraste de su pasada grandeza? El arte griego sigue decayendo en Roma que, menospreciándolo, lo entregó á hombres mercenarios, incapaces de comprender el arte por la gloria, que le convirtieron en súbdito de la industria, dando sus últimos destellos en mosáicos que se emplearon hasta en la construccion de casas de simples ciudadanos. En ese estado se encontraba cuando el torrente asolador de los bárbaros en el siglo V concluye de hundirle en el sepulcro: le había muerto la esclavitud.

No sólo años sino siglos necesitó el arte clásico para resucitar. Mejor dicho: no resucitó; no hizo más que entregar su antigua y gallarda vestimenta al arte que le había reemplazado, al arte cristiano. Ocupóse extensamente el disertante de la vida que el arte arrastró hasta mediados del siglo X señalando los límites, los obstáculos y los escollos verdaderamente insuperables con que tuvo que luchar, causa de su grande postracion y que á pesar de la fuerza progresiva del siglo XI no pudo vencer. «Gracias al movimiento general que en la Europa originaron las cruzadas, el arte logra emanciparse, sieate de nuevo la inspiracion, comprende los grandiosos espectáculos de la naturaleza, busca entre las ruinas del arte griego norma para su estudio y late á impulso de las bellísimas páginas del Evangelio.»

La significacion de Giotto y Cimabue, en el arte italiano, fué bellísimamente estudiada por el

orador que demostró su competencia artística, así al presentar las notas ó caractéres distintivos de las escuelas que fundó, como en las consideraciones que sus obras y las de sus continuadores le sugirieron.

«Pasó el arte, decia, del mito á la realidad, de la figura al grupo, del simple verso al poema, enlazó la forma con el sentimiento.»

Hizo observar que este progreso y adelantamiento del arte se traduce no sólo en la pintura de tablas y frescos, sino tambien en los vidrios de las Catedrales, en los manuscritos iluminados, en las ricas armaduras de los caballeros, etc.

Dignamente se inaugura el siglo XV con Masacio, cuyas facultades pictóricas fueron detenidamente expuestas por el disertante, así como las de Felipe Lippi, el Beato Angélico, Verocchio, Ghirlanjo, Ghirlandajo, etc., etc. Los artistas que en los siglos XIV y XV florecen en Milan, Bologna, Roma, Venecia y Nápoles, fueron objeto preferente de atención en la conferencia que venimos reseñando. La escuela alemana fué estudiada tambien en las obras de Alberto Durero y Holbein, notables por su estilo alegórico y la perfección de sus detalles.

Pasando á historiar el arte en España durante la edad media, hizo notar las causas que impidieron su desarrollo hasta el siglo XIV. «No existió antes el arte de la pintura, decia, pues lo poco que de fecha anterior al siglo XIV se conoce son ridículas caricaturas que no responden á ninguna condicion del arte.»

Y aun en el siglo este son muy pocos los adelantos en la forma, la belleza física poco apreciada, la naturaleza escasamente comprendida. Solo en la manera de fijar el sentimiento y hacer irradiar el espíritu se observan progresos en el arte pictórico. Hizo notar al mismo tiempo la influencia de la escuela italiana llegada principalmente por las relaciones de la corona de Aragon con Sicilia y las Repúblicas del Mediterráneo. El arte del siglo XIX tiene brillantes páginas en los grandiosos templos de aquella época y en los preciosos manuscritos que encierran nuestras Bibliotecas especialmente la Colombina de Sevilla.

Entrando luego á estudiar el siglo XV en España, se detuvo en generales consideraciones para demostrar el impulso de progreso que las artes todas reciben y fijándose especialmente en el adelanto de la pintura que los frescos de nuestras Catedrales revelan, se lamentó de la ignorancia, decadencia y extravío artístico del siglo pasado que borraba de esta hermosa Catedral las pinturas de

Juan Alfon, Alonso Sanchez, Luis de Medina, Juan de Borgoña y otros cuyos nombres conserva la historia en desagravio del menoscabo que se les infirió.

De todos estos distinguidos artistas, como también de Francisco Amberes, Arnal Perez de Villoldo, Íñigo de Comontes, Juan de Toledo, González Becerril, Pedro Berruguete, etc., se ocupó el orador demostrándonos sus conocimientos en la historia del arte y evidenciando que el arte de la Pintura tuvo una época de florecimiento en el siglo XV, en el período que determinan la cuna de Juan II y la tumba de Fernando V.

Los pintores en vidrio para decorar el ventanaje de nuestras Catedrales, son otra manifestación del arte en aquel siglo: Juan de Santillana, Valdivieso, el maestro Cristóbal, el maestro Pablo y tantos otros fueron considerados como sus mejores representantes.

Detenido estudio dedicó el Sr. Robles á las tablas de Jorge Ingles, Juan Sanchez de Castro, Nuñez, Pedro de Córdoba, Antonio del Rincón y Juan de Borgoña, como artistas privilegiados que reflejan de un modo más exacto el estado de la Pintura en quella época. Tan ricas de invención como de originalidad, naturalidad y delicadeza, después de trascurridos cuatro siglos aun entusiasman al que acierta á visitarlas en Buitrago, en Sevilla, en Granada, en Robledo, en Córdoba y en Toledo.

Una salva de aplausos demostró al orador la complacencia con que el auditorio había escuchado su erudita disertación. Reciba nuestra cariñosa enhorabuena y con ella un consejo de amigos: es necesario que el que habla en público, se deje oír por todos los que ocupan el salón ó la cátedra, ansiosos de escuchar las doctrinas que se desarrollan en la conferencia. No lo olvide nuestro distinguido amigo el Sr. Robles y cuando su autorizada y competente palabra haya de resonar otra vez en la tribuna (¡ojalá sea pronto!), procure llevará todos los ámbitos de la cátedra las muestras del talento y de la instrucción que en él reconocemos.

El sábado último, como estaba ya anunciada, tuvo lugar la conferencia que debía dar el Sr. Gallardo (D. Juan Antonio) acerca de si la Agricultura es un arte ó una ciencia.

Después de un breve exordio en que manifestó la dificultad con que tenía que luchar para fijar la atención de sus oyentes, por lo poco ameno del asunto comparado con los que habían tratado otros

Sres. Sócios del Ateneo, cuyas ilustradas e instructivas conferencias habían proporcionado muy gratas impresiones á los Sócios del mismo; pasó á desenvolver su tesis, principiando con esta pregunta: ¿Es la Agricultura un arte ó una ciencia? Y después de investigar en primer término si la Agricultura por la variedad e importancia de sus elementos pude engalanarse con el título de ciencia aplicada, y de resolver esta cuestión motivada y afirmativamente; pasó á resumir sus progresos, haciendo ver su marcha vacilante al principio—su período de infancia—y por consecuencia sus sistemas absolutos; después su época de constitución real y verdadera, y de consiguiente su entrada en vía de la experimentación. Abandonando entonces la síntesis, entró en el análisis, separó los miembros y fraccionó el conjunto. Y como por una parte se presentaba esa serie de principios que se sufren y sostienen en el mundo material y se ilustran con los datos de las ciencias físicas, y por otra los no menos esenciales, que se fundan en el orden moral—en la sociedad—y llaman en su ayuda á las ciencias económicas; no bastando, empero, esta división en grande, la subdividió en sí misma, secándola como quien está bien enterado del asunto de que se ocupaba, sin descender no obstante á demasiados pormenores. Y como que de esos detalles surgieran palabras cuya significación debía ser precisa, para la más cabal inteligencia del asunto capital, porque esas palabras constituyen la terminología de la ciencia agrícola, debía dar de ellas, y dió con efecto, las explicaciones convenientes, sin interrumpir por eso la marcha general de la conferencia, ni perjudicar á la inteligencia del asunto principal. Estas eran las dificultades que el Sr. Gallardo tenía que vencer, y que nos dijo no tenía ni remotamente la presunción de haberlo conseguido por completo; si bien nos dijo que le servía de gran consuelo la esperanza de que otros más afortunados pondrian dichoso fin á su tarea.

La distinción que hizo el orador, de las ciencias pura y de la aplicada, muy á los principios de su conferencia, nos pareció muy del caso para el más conveniente desenvolvimiento de su tesis, y porque creemos que la leerán con gusto nuestros lectores, no podemos resistirnos á trasladarla íntegra en este apunte:

« Los cuerpos orgánicos, dijo, crecen, viven y mueren de conformidad con leyes inmutables que la humana sabiduría ha procurado probar. Así es como la Física, la Química, la Fisiología

»y las Matemáticas proceden sucesivamente á examinar los fenómenos naturales bajo diversos puntos de vista, pero sin olvidar jamás su esencia científica, ni apartarse tampoco de su objeto filosófico. Cada una de estas ciencias puras tiene su dominio respectivo, su orden de verdades peculiares; y aunque aisladas para la mayor facilidad de su estudio, no por eso dejan de formar un mismo haz de conocimientos; y la ciencia de la naturaleza, á pesar de sus innumerables ramificaciones, permanece una é indivisible, como la armonía universal cuyas leyes observa. Pero la ciencia pura, la que se circunscribe á la observación de los hechos para formar un cuerpo especial de doctrinas, no presentaría al hombre más que una utilidad muy mediana, si no tuviera por compañera á la ciencia aplicada, ó sea á la que apoderándose de los descubrimientos de aquélla, los emplea con el fin de satisfacer nuestras necesidades. Cada cual tiene su misión: á la una corresponden los estudios, las observaciones imparciales, prolongadas por mucho tiempo, exentas de todo espíritu sistemático, y los sacrificios desinteresados; á la otra las operaciones calculadas, meditadas de antemano, los hechos adquiridos, y raras veces los experimentos. Entre las ciencias de aplicación, la Agricultura que se ejercita en la naturaleza orgánica, cuya marcha modifica en nuestro favor, á fin de proveer á nuestras primeras necesidades, es sin ningún género de duda la más importante y de ella sola vamos á ocuparnos.»

Descendiendo después á determinar los límites de la Agricultura manifestó que es una ciencia compleja que se deriva de las físicas y económicas; y que segan el fin complejo que persigue, recibe los auxilios de las diversas ciencias que consideran los cuerpos orgánicos y las leyes por que se produce, distribuye y consume la riqueza social. Considerada bajo este último aspecto nos dijo que el labrador no es un trabajador aislado que produce sólo para su propio consumo, y que de conformidad con el principio de la división del trabajo, adoptado en las sociedades modernas, para sacar utilidad de la industria que ejerce debe suministrar al cambio productos tales que su valor le recompense de sus gastos y de sus fatigas.

La comparación que hizo de una casa de labor á un cuerpo orgánico dotado de cierta especie de vitalidad, con sus funciones de relación y de conservación, nos pareció muy oportuna, y el desarrollo de esta idea muy puesta en su lugar. También creemos que estuvo feliz al tratar la cuestión de

la ganancia en agricultura; y acerca de los arrendamientos más en uso en nuestra patria, que dijo eran un obstáculo inmenso á los adelantamientos de nuestra agricultura, porque en vez de unir á los propietarios y colonos en un mismo pensamiento, la conservación y hasta el acrecentamiento de la fecundidad del terreno, les ponía en guerra abierta; y entre partes beligerantes la buena fe sería una solemnísima tontería.

Tal es en resumen la aplaudida conferencia de que nos ocupamos, que tan gratos recuerdos ha dejado en todos nosotros y muy en particular entre los agricultores como más interesados en dicho asunto. Satisfactorio puede haber quedado el Sr. Gallardo de su obra y al par que le enviamos nuestra más cordial enhorabuena, reciba un millón de gracias por su atención de hacer distribuir durante la sesión un «Cuadro sinóptico de los estudios agrícolas» que á su interés reúne una suma de datos curiosísimos para los aficionados á dichos estudios y que agradeció el público en general.

SECCION DE CIENCIAS.

LA ASTRONOMÍA EN LA ANTIGÜEDAD.

(Continuacion.)

La historia fabulosa de los héroes y los dioses, que enseñaban á la crédula ignorancia, era sólo una alegoría de los fenómenos celestes y leyes de la naturaleza, alegoría que el poder de la imitación, uno de los principales resortes del mundo moral, ha perpetuado hasta nosotros en las instituciones religiosas. Aprovechándose para consolidar su influencia, del deseo natural de querer penetrar en el porvenir, crearon la Astrología. Acostumbrado el hombre por las ilusiones de los sentidos, á considerarse como el centro del Universo, persuadióse fácilmente que los astros influían directamente en su destino y que era posible augurarlo observando sus aspectos en el momento de su aparición. Este error, natural de su amor propio y necesario á su inquieta curiosidad es tan antiguo como la Astronomía, y se mantuvo hasta fines del siglo XVII, en que los adelantos de la ciencia astronómica lo destruyeron para nunca más volver.

El origen de la Astronomía en la Persia y en la India, se pierde como en todos los pueblos, en las tinieblas de los primeros tiempos de su historia. Las tablas indias, testifican un conocimiento de la Astronomía bastante adelantado entre los indios,

pero todo induce á creer que no se remontan á tan lejana antigüedad, como para algunos se ha pretendido demostrar.

Las tablas indias tienen dos épocas principales, una de ellas se remonta á 3102 años ántes de nuestra era, y la otra á 1491. Estas épocas han podido ligarse entre sí por los movimientos del Sol, la Luna y los planetas, de tal manera que partiendo de la posición que las tablas indias asignan á todos estos astros en la segunda época, y retrocediendo á la primera por medio de aquéllas, se encuentra el enlace general que suponen en esta época primitiva. Bailli en su tratado de Astronomía india, sostiene que la primera época á que nos referimos, es debida á las observaciones.

Nuestras últimas tablas astronómicas, considerablemente perfeccionadas por la comparacion de la teoría con un gran número de observaciones de matemática exactitud, no pueden admitir la union supuesta en las tablas indias; dando respecto á esto mismo, diferencias mucho mayores que los errores de que todavía son susceptibles. Verdaderamente algunas nociones de la Astronomía india, no han podido tener la extension que ellos les asignan, sino mucho tiempo ántes de la venida de Jesús; es necesario por ejemplo trasladarse á 6000 años atrás, para volver á hallar la ecuación del centro del Sol. Pero aparte de los errores de sus determinaciones, debemos fijarnos en que ellos no consideraron las irregularidades de los movimientos solar y lunar, sino con relacion á los eclipses en los cuales la ecuación anual de la Luna sumada con la del centro del Sol, aumenta á esta en una cantidad próximamente igual á la diferencia de su valor verdadero, con respecto á la de los indios. Muchos de sus principios, tales como las ecuaciones del centro del Júpiter y de Marte, son muy diferentes en las tablas indias de lo que debieran ser en su primera época; el enlace de estas tablas y sobre todo la imposibilidad de la union general que suponen, prueban que se construyeron ó al menos fueron rectificadas en los tiempos modernos. Esto mismo se desprende tambien de los movimientos medios que asignan á la Luna con relacion á su perijeo, á sus nodos y al Sol, pues más rápidos que los explicados por Ptolomeo, prueban que son posteriores á este astrónomo, porque sabido es por la teoría de la pesantez universal que estos tres movimientos se aceleran con el trascurso de un gran número de siglos. Sin embargo la antiquísima reputacion de los indios, no permite dudar que en todos tiempos hayan cultivado la Astronomía.

Cuando los griegos y los árabes comenzaron á echarse en brazos de las ciencias, los indios se trasladaron á dichos pueblos para adquirir las primeras nociones explicadas por sus sábios.

A los indios se debe el ingenioso método de representar todos los números imaginables con sólo diez cifras ó guarismos, dándoles á la vez un valor absoluto y otro relativo, local ó de posicion; y esta idea tan delicada, tan importante, nos parece hoy tan sencilla, que apenas apreciamos su inmenso mérito; sin embargo, su misma simplicidad y la gran facilidad que de ella resulta para todos los cálculos, elevan nuestro sistema aritmético al primer lugar de las grandes invenciones. Y es tanto más digno de aprecio su invento si se considera que semejante ingenioso mecanismo pasó desapercibido á los grandes génios de Arquímedes y Apolonio, dos de los hombres más eminentes con que se honra la antigüedad.

Los griegos no empezaron á cultivar la Astronomía sino mucho tiempo después de los egipcios y caldeos, de quienes fueron discípulos. Es muy difícil á través de las fábulas que llenan los primeros siglos de su historia deducir sus conocimientos astronómicos. Sus numerosas escuelas ofrecen muy pocos observadores anteriores á la de Alejandría, pues consideraron la Astronomía como ciencia puramente especulativa, entregándose á frívolas conjeturas: y es singular qué ante este gran número de sistemas, que todos se combatian sin enseñar nada útil, pasase desapercibido á tantos filósofos (de los cuales muchos estaban dotados de un clarísimo ingenio) que el medio mejor de conocer la naturaleza, era intentarlo con el auxilio de trabajos puramente experimentales. Pero nuestra admiracion será menor, si nos fijamos en que las primeras observaciones no presentaron sino hechos aislados sin atraktivio para la imaginacion impaciente y deseosa de conocer las causas que han debido sucederse con extremada lentitud. Ha sido necesario que una larga sucesion de siglos hayan acumulado un gran número de ellas, para poder descubrir entre tanto fenómeno, relaciones que extendiéndose poco á poco reuniesen al interés de la verdad, el de teóricas generales á las cuales aspira siempre el espíritu humano.

Sin embargo, en medio de los desvaríos filosóficos de los griegos, ábrese paso en la Astronomía sanas ideas fruto de sus viajes y que luego perfeccionaron. Thales, nacido en Milet el año 640 ántes de nuestra era, enseñado en el Egipto y vuelto á Grecia, fundó la escuela Joniana, en la que enseñó

á conocer la redondez de la tierra, la oblicuidad de la eclíptica y las causas verdaderas que producian los eclipses de Sol y Luna, y hasta se cree que llegó á predecirlos valiéndose de los métodos ó períodos que los sacerdotes egipcios le habian comunicado en sus enseñanzas. Thales tuvo por sucesores á Anaximandro, Anaximeno y Anaxágoras. Los dos primeros introdujeron en la Grecia el uso del estilo y el de las cartas geográficas. Anaxágoras fué perseguido por los Athenienses, por haber explicado las verdades de la escuela Joniana. Se le acusó de destruir la influencia de los dioses en la naturaleza tratando de someter sus fenómenos á leyes inmutables. Proscripto con sus hijos, debió la vida únicamente al afectuoso interés de su discípulo y amigo Pericles, que consiguió se commutase la pena de muerte por la de destierro. La verdad para ocupar su legítimo lugar en la tierra, ha tenido que combatir muchas veces grandes errores que, más de una vez, han sido funestos á los que en amor de la ciencia los han hecho conocer.

(Se continuará.)

SECCION LITERARIA.

LA ESPERANZA.

Al tratar de esta santa virtud que sostiene nuestro espíritu, que fortalece nuestra alma y llena de delicias inefables el corazón, la pluma se detiene reconociéndose impotente, como se detendría al querer describir lo que descripción no tiene: el poder inmenso de Dios, la soberana grandeza de la creación, ó el augustísimo misterio del no-sér.

¡La esperanza! Ella con su solo nombre lo expresa todo; lleva en él la infinita dulzura y el encanto que en nuestro ser derrama. La esperanza entreabre los labios del tierno niño con la primera angelical sonrisa; ella dilata el pecho del que tiernamente ama y espera la frase que lo ha de hacer feliz, enciende en ardiente entusiasmo la soñadora mente del poeta; hace bellas las horas de la alegre juventud que con cariño la acaricia; acompaña al que recorre la segunda mitad del camino de la vida; alumbría con su pura luz los tardos pasos del anciano que, fijando su mirada en Dios, aguarda la hora de subir á la mansión de eterna paz, y recoge el postrer suspiro de aquél que tranquilo muere esperando entrar en una vida mejor.

En la esperanza encontramos en los grandes dolores de la vida el consuelo que desde el cielo nos manda Dios. ¡Qué sería de nosotros en las difíciles pruebas por que pasamos si ella no llenara nuestra alma?

Cuando dominados por el dolor vemos sufrir en el lecho del enfermo á un ser querido, cuando henchido de

pena el corazón al oír el triste acento que la muerte anuncia y nos desgarra el alma, caemos de rodillas, y regando con nuestras lágrimas el suelo levantamos el corazón á Dios para pedir la salud del idolatrado enfermo, al elevar nuestros ojos á la celeste esfera, la luz de la esperanza abre nuevos horizontes á nuestra vista, y donde todo era ántes desesperación y oscuridad, brota el bienestar y la tranquilidad del que confia en la suprema misericordia de Aquél que todo lo puede.

Si una desgracia inmensa, aterradora, llena nuestra alma de luto y de tristeza eterna, en los momentos memorables en que el dolor brota á torrentes de nuestro corazón y sin consuelo lloramos la pérdida del ser que abandonando el mundo deja en el hogar un vacío inllenable; en esos instantes de amargura en que parece que el cielo sobre nosotros se desploma, alzamos hacia él los ojos buscando un consuelo que en la tierra no encontramos, y aun entonces el consuelo desciende, y el alma dolorida abriga una suprema esperanza; la del eterno reposo para el espíritu que de la materia huyó, esperanza que calma nuestra amargura y derrama dulce bálsamo en la reciente herida, disminuyendo la intensidad de su dolor.

Ved al pobre naufrago que, asido á una débil tabla lucha brazo á brazo con las olas embravecidas, y defiende su vida palmo á palmo; cuando su vigor desmaya, su vista se desvanece y rendido de cansancio se siente lentamente sumergir, en el instante supremo en que da al mundo su último adios ve renacer su perdida esperanza, cree ganar pronto la orilla, aquella vaga creencia fortifica su abatido espíritu, y merced á un enérgico esfuerzo se salva, debiendo la vida á la esperanza que sus fuerzas duplicó.

La esperanza es el deslumbrante faro que guia al mundo de los creyentes que en Dios adoran, por el camino de la virtud, y la estela brillante tras la cual corremos con afán, porque ella nos promete la realización de esa felicidad, siempre soñada y nunca hallada aquí abajo, y que sin embargo nos presenta bella la vida y risueño el porvenir.

Sin la esperanza sería nuestra existencia noche sin luna, campo sin rocío, flor sin perfume, abismo sin fondo en que el alma caería sin remedio, como rueda hasta el torrente la piedra lanzada por la mano que la sostiene. La desesperación más profunda se apoderaría de nosotros cuando un dolor nos hiriera, á no decirnos la fe: Confia y espera. Tan imposible es la vida sin la esperanza, como imposible es el sostenimiento del cuerpo humano sin el alimento; como absurda es la inteligencia, destello de Dios, sin el raciocinio, fruto del talento en estrecha unión con el estudio.

Y tan inútil sería querer describir sus sublimes cualidades, sus ricos y abundantes frutos, como intentar enumerar las arenas del desierto, los astros que esmalitan el firmamento azul, ó las bondades infinitas del Dios de cielos y fierra; me limito, pues, á bendecir una y mil veces la santa esperanza que nuestro corazón llena de inmenso bienestar, que nuestra alma sublime y nuestra mente llena de celestes ilusiones que tienen el poder de elevar nuestro ser á las serenas regiones de lo increado.

Alcemos, lectores, nuestra voz al cielo y ofrezcamos juntos eterno culto á la bendita esperanza, raudal inagotable de consuelos.

ADELA SANCHEZ CANTOS.

EN EL CEMENTERIO. (1)

I.

Cuando la vi llorando ante su tumba,
Pálida y en desorden el cabello,
Con la mirada vaga y vacilante
Y envuelta en paños negros;
Yo que sé lo que el pobre la quería,
Dige mirando al transparente cielo
Océano de luz: — Por qué, Dios mío,
No han de sentir los muertos? —

II.

Más tarde al verla alegré en brazos de otro
Dando al olvido al que dejó en la huesa,
Bañándose en aromas y perfumes
En bulliciosa fiesta;
Yo que sé lo que el pobre la quería
Dige, y volví los ojos á la tierra:
— Cuánta es, Dios, tu bondad para los muertos!
Vale más que no sientan!!

E. DE OLAVARRIA.

Noviembre, 1876.

EL AMOR CONTRARIADO.

(CUENTO FANTÁSTICO)

ORIGINAL DE

DON JOSÉ MARÍA CORANTI.

Conclusion. (2)

VII.

Han pasado tres lustros, no bien contados, que ocurrieron los sucesos que acabamos de referir.

Ya no se oye en el castillo el rechinar de la cadena del puente levadizo, ni el atronador sonido de la bocina del vigia de la torre del Homenaje anunciando la hora del alba, ni siquiera el monótono pasear de los centinelas de la plataforma.

Tan sólo turba de vez en cuando su silencio el canto del buho, de la lechuza y otras aves nocturnas que se guarecen entre sus resquebrajados muros.

Muchas y diversas son las versiones que acerca del castillo corren de boca en boca y se comentan durante las largas noches de invierno en el hogar, al amor de la lumbre: quién dice que todas las noches á punto de las doce aparece el castillo hecho un áscua de fuego, de la misma manera que la noche de su terrible incendio; quién asegura que esto sólo sucede en la del ani-

versario del fatal suceso y finalmente alguien añade haber visto espectros blancos con una antorcha encendida en la mano correr por las cordilleras, creyendo á buen creer, que son los moradores del castillo que se congregan en él con siniestro fin.

VIII.

Nosotros más imparciales y menos supersticiosos vamos á contar lo que hemos visto.

Toca á su fin el año 167.....

Corona la nieve la cima del Somosierra.

La noche es oscura y tempestuosa, tan tempestuosa y tan oscura como hace catorce años.

Un viento huracanado azota tambien los muros del castillo.

La luz del relámpago fulgura en el espacio.

Al relámpago sucede el trueno.

Es media noche.

A esta hora una mujer sale del castillo y desciende por la montaña sobre la que aquél se levanta.

La luz de la humeante tea que arde en su diestra, nos permite descubrir algunos de sus detalles. Es aun joven, esbelto y flexible es su talle, bellas son sus facciones y graciosos sus ademanes. Sus centellantes hermosos ojos negros esparcen en su derredor inciertas miradas:

Un velo blanco que cae sobre sus espaldas, al flotar al viento descubre su larga cabellera negra como el ébano.

Vista á los oscilantes reflejos de aquella luz ó contemplada á los rojos fulgores de la del relámpago, cualquiera la creería un ser fantástico. Destácase á veces de tal suerte sobre la blanca nieve que más bien que ser viviente, parece una estatua movida por oculto mecanismo.

Llega entre tanto á un sitio en que se halla colocada una cruz de piedra, sella con sus lívidos lábios el frío pedestal y exclama:

— Hoy es, Manrique mío, el décimo cuarto aniversario de mis desposorios y como todos los anteriores años, vengo á visitarte con mis galas de aquel dia en tu lecho de muerte.

Calla un momento como para coordinar nuevas ideas y prosigue después:

— Si, hoy es el aniversario de noche tan terrible: tempestuosa era tambien como ésta!.... Yo te había jurado ser tuya..... Mi padre, los hados..... no sé quien me arrojó en brazos de otro hombre. Al sentir en mis labios sus besos impuros inflamó mi corazón la ira: luché ¡vana lucha! En trance tan cruel el rayo.... ¡oh! el rayo que sólo debió librarme de mi violador, causó la muerte de mi buen padre..... Apenas si conservo recuerdo de lo que pasó por mí, en hora tan aciaga y fatal.... Cai sobre el pavimento.... permanecí así aletargada mucho tiempo.... mucho.... Abri los ojos y ¡ay de mí! doquiera dirigía la vista, allí la muerte, ¡la muerte!.... escombros.... desolación y ruinas por todas partes.... fantasmas que me amenazaban..... ¡mi padre! ¡él!....

Al llegar aquí su razon se ofusca cada vez más, y murmura algunas palabras incoherentes, apenas inte-

(1) De una obra inédita titulada: CUADROS DEL CEMENTERIO.

(2) Véase el núm. 6º.

ligibles y continua:—En este mismo sitio te vi la primera vez. ¡Oh, qué hermoso me pareciste...! ¡Cuán dulces eran aquellas horas que pasaba en tu compañía! ¡Cuán dulces eran tambien para mí tus amorosas palabras, más gratas aun á mis oídos que los acentos de tu arpa! ¡Villana mano causó tu muerte y mató á la vez mi corazon!.... ¡Ah! hubiéramos sido tan felices! Pero no, tú, mi Manrique, no has muerto, vives en mi corazon. Sólo esa tumba nos separa.

Calló breves momentos y prosiguió despues en un tono de voz cariñoso:

—Cuando yo muera me uniré á ti; pero es tanto lo que temo á la muerte!.... Algunas noches, en el castillo, en mi larga soledad, siento miedo, y entonces enciendo hogueras, muchas hogueras. ¡Tu recuerdo y ellás son mis únicos compañeros!

Al concluir de decir esto, una ráfaga de viento apaga la tea que había clavado en el suelo, á su lado; un terror pánico se apodera de ella y grita: ¡Manrique!.... ¡Manrique! Tengo miedo, mucho miedo! y cae exánime junto á la cruz al mismo tiempo que lanzaba una carcajada estridente, convulsiva, nerviosa.

El eco se encargó de repetirla y el trueno de remediarla.

La hija del Conde, la amante fiel, la malograda Elvira había sucumbido, agotadas sus fuerzas y extrañada su razon por la intensidad de su dolor.

Su cadáver yacia sobre la sepultura de su amante, en la que había colocado aquella cruz la piedad cristiana.

IX.

Cuatro horas después todo había cambiado.

La luz disipó las tinieblas.

Disipóse tambien la tempestad.

Una brisa suave y enerjadora reemplazó al imponentoso huracan.

Ya empezaba á vislumbrarse en Oriente el luminoso disco del sol que emprendía su carrera hacia el céñit, cuando una paloma, tan blanca como la pureza de Elvira, cogió con su pico la corona de azahar, y remontándose en los aires fué á colocarla en la palma de las vírgenes.

MISCELÁNEA.

Esta noche tendrá lugar la conferencia que está á cargo del entendido y celoso ingeniero de la provincia, D. Emilio Grondona, cuyo tema versará sobre Geología.

El martes 23 del corriente, y como préviamente habíamos anunciado, se verificó en los salones principales del *Centro de Artistas e Industriales* de esta capital la velada dedicada por la *Junta Facultativa de las Conferencias científico-literarias*, á honrar la memoria del príncipe de los ingénios españoles, en la cual tomaron tambien parte los Sres. Zabaleta (Presidente de la Estudiantina Española en París), Ibarguren y Ortiz. Al tener noticia de que estos reputados señores se hallaban entre nosotros, los Sócios que

con tanta amabilidad se habían prestado á amenizar el acto con piezas musicales, Sres. Gomez, Puig, Donas y Milégo, cedieron espontáneamente y con la galantería que les distingue, cuatro de los siete números cuya ejecucion habian tomado á su cargo, para que el público tuviese ocasión de oír á aquellos acreditados artistas.

Faltos del tiempo y espacio suficiente para entrar en detalles de tan solemne sesión que en nuestro próximo número reseñaremos con toda la atencion que se merece, adelantamos no obstante á nuestros lectores el programa que ea ella se siguió:

1.º Discurso apologético, leido por el Sr. D. Saturnino Milégo.

2.º Fantasia del maestro Beriot, para violin y piano, por los Sres. D. Pedro Gomez y D. Tomás Donas.

3.º Wals fantástico, para piano y violin, por los señores Zabaleta é Ibarguren.

4.º La Romanesca del siglo XVI, para violoncello y piano, por los Sres. Gomez y Puig.

5.º Lectura de un capítulo del Quijote, por el señor Solás.

6.º Ave-Maria, de Gounod, por los Sres. Gomez y Donas.

7.º Dos zortcicos cantados por el Sr. Ortiz, acompañado al piano por el Sr. Zabaleta.

8.º Lectura de poesías de los Sres. Bueno, Campillo, Fraile, Milégo y Vera.

9.º Variaciones humorísticas sobre el Mambrú, para piano y violin, por los Sres. Zabaleta é Ibarguren.

A las doce el Sr. Presidente dió por terminado el acto.

Desde las humildes columnas de nuestro pobre Semanario, enviamos la más cordial enhorabuena á todos los señores que tomaron parte en esta solemnidad artística, que dejará á no dudarlo, un vivo recuerdo en cuantos tuvieron la dicha de asistir á ella.

Un periódico de la vecina República da la noticia de que Mr. Coggia ha descubierto en la noche del 11 al 12 del corriente mes, en el Observatorio de Marsella, un nuevo planeta perteneciente al grupo de asteróides que existen entre Marte y Júpiter.

Con éste son ya 187 los asteróides descubiertos hasta hoy.

El lunes último tuvimos el honor de ver visitada ésta imperial ciudad por el Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros, á quien acompañaban el Embajador de Alemania con su señora é hija y Secretario particular de S. E. Inspeccionaron detenidamente el Alcázar, Catedral, Fábrica de Armas, San Juan de los Reyes, Santa María la Blanca, el Tránsito y Hospital de Afuera, siendo despedidos en la Estacion por las Autoridades civil y militar de la provincia.